



Cuba después del Papa

A dos meses de la visita de Juan Pablo II, nos damos cuenta de que el mundo ha gozado de la oportunidad de «abrirse a Cuba». Más de tres mil periodistas nos han conducido por la apretada agenda de discursos, encuentros y misas entre un pueblo castigado por el embargo internacional y dos de las grandes personalidades de la segunda mitad del siglo XX, Fidel Castro y Karol Wojtyla. Cada uno posee un rasgo peculiar: ateo y creyente, comunista y pro-demócrata, gallego isleño y polaco internacional. Las informaciones que hemos recibido de ese país distan de la imagen que se pretende dar en medios oficiales estadounidenses. Cuba no es sólo el último bastión del comunismo, no es sólo una isla gobernada por un visionario revolucionario, no es sólo el paraíso del ocio,... Además, Cuba forma un pueblo cansado de treinta años de restricciones, exteriores e interiores. Cuba espera de la comunidad internacional una solución que no pase por someterse a cualquier precio a la dictadura internacional de Estados Unidos. Cuba ha recibido al Papa como pastor del pueblo católico para salir, por la vía del diálogo, hacia horizontes más amplios en los que «Cuba se abra al mundo».

*Los **impactos** de esta peregrinación papal no ofrecerán frutos a corto plazo. La estrategia vaticana en todos los*

encuentros públicos de «dialéctica controlada» muestra una difícil vertebración práctica inmediata. Sin embargo, marcan líneas y objetivos en los que no se podrá dar marcha atrás. Todo el viaje nos pone ante los ojos que se puede llegar a dar pasos importantes, si se tiene voluntad negociadora. Recordemos que esta visita se lleva preparando más de cinco años y que ha sufrido serios reveses, precisamente porque el acercamiento se ha basado en el mutuo reconocimiento, sin ceder en lo que cada una de las partes consideraba fundamental: para la Iglesia, libertad religiosa y política, derechos humanos y fin del bloqueo; para la Cuba castrista, acabar con el aislamiento económico forzado, mantener la soberanía y afirmar el propio régimen. El punto de encuentro se cifra en el desbloqueo, pero, a la larga, la divergencias de intenciones crearán nuevos espacios en el interior en los que, probablemente, el más dañado será el gobierno, si no acierta a iniciar una resuelta política pluralista y democrática.

El bloqueo pierde fuerza como arma anti-castrista

LA posición de Estados Unidos, apoyados en los sectores más conservadores de la colonia cubana de Miami, consiste en someter a toda costa a Castro. En el fondo, la Ley Helms-Burton amplía la más rancia política del "big stick" y olvida que sigue favoreciendo a otros gobiernos donde, habiendo democracia formal, no se dan las garantías suficientes de respeto a los derechos humanos. ¿Cómo puede Clinton recibir al presidente chino, tan comunista como Castro, y pedir la democratización de Cuba? Además, debería caer en la cuenta de que los costos a los que somete al pueblo cubano son mayores que el desgaste que sufre el gobierno de la isla. ¿No se está aprovechando el mismo Castro de esta situación para mantener la propia unidad de su patria? Si EE.UU. tomara la vía del diálogo, encontraría que no toda la oposición castrista exige medidas tan radicales y que, poco a poco, pierden fuerza los extremistas ante el verdadero milagro cubano que

consiste, simple y llanamente, en tratar de sobrevivir como pueblo independiente.

Tras la visita papal, la opinión pública norteamericana, animada también desde la Iglesia católica, encuentra cada vez menos sentido a esta medida. Como botón de muestra, el mismo senador Helms cree necesario repensar la conveniencia o no del embargo en los términos estipulados. Por desgracia, la política estadounidense va a invertir pocas energías en este tema al estar, en el exterior, centrada en Irak y, en el interior, en las amistades peligrosas del presidente y las consecuencias jurídicas de toda índole. La moderación de Clinton, durante y después de la visita, responde a un debilitamiento creciente de los argumentos a favor del cerco económico.

Si Cuba se lanza al mundo, Cuba no podrá ser la misma

LOS focos de las cámaras han iluminado a esta isla olvidada. En seguida han aparecido los logros de la revolución, principalmente la educación universal y la asistencia médica garantizada, muy por encima de la media de los países latinoamericanos. Las cámaras nos han situado ante las peculiaridades de la cultura caribeña y su rico folclore. También hemos contemplado su falta de libertad y el control que sufre por parte de las autoridades políticas, concretamente a través del Comité de Defensa de la Revolución. La petición del Papa de liberación de presos políticos y los gritos de «libertad, libertad» en la plaza de la Revolución resuenan todavía hoy junto a los del desbloqueo y la injusticia internacional. El régimen cubano no podrá ser el mismo, aunque la férrea disciplina impida por el momento declaraciones explícitamente aperturistas y democráticas. En el interior de la sociedad, ella misma se ha lanzado un mensaje que, estando todavía invertebrado, constituirá el punto de arranque y el sustrato de cualquier solución política futura. El gobierno comunista no puede menos que empezar a

sopesar líneas de cambio, sea admitiendo opositores dentro de la isla, sea liberando presos políticos, sea iniciando conversaciones que incluyan una transición pactada entre diferentes fuerzas políticas. Con todo, los perdedores, tras la visita, no son otros que los que pretenden mantener a Cuba ajena a los deseos de su pueblo, los marxistas-leninistas a ultranza, y los que sueñan con instaurar por la fuerza un régimen parecido al de antes de 1959, los exiliados más recalcitrantes. Afortunadamente, la moderación se abre camino lentamente, aunque la lectura oficial castrista sitúe la visita como un éxito exclusivo de su política exterior.

La Iglesia recupera un lugar perdido

LOS vaivenes de la revolución y su carácter progresivamente anti-cristiano condujeron a la Iglesia católica a retroceder en su presencia social. La imposibilidad de manifestaciones públicas religiosas, la estatalización de la enseñanza, la restricción de entrada de sacerdotes, religiosos o religiosas en la isla y la marginación pública de los católicos por el hecho de ser tales, no han posibilitado el diálogo en absoluto. El resultado de todos estos años lo encontramos en el discurso del Cardenal Ortega, previo a la visita del pontífice, en el que dedicó gran parte de sus palabras a explicar quién era Jesucristo y el papel del Papa en la Iglesia católica.

Sin embargo, hay que reconocer que el régimen ha ido flexibilizando tímidamente sus posiciones hasta la declaración de la Navidad como día festivo y la misma visita del Papa: de estado ateo comunista (Constitución de 1976) a estado laico (Constitución 1992) donde se proclama la neutralidad religiosa. Las relaciones entre la conferencia episcopal y el gobierno han ido superando las reticencias de años anteriores, sobre todo, tras la pastoral «El amor todo lo espera» (1993) en la que los obispos denunciaban la falta de libertades individuales y políticas.

junto a una condena expresa y sin ambages del embargo de Estados Unidos. Hoy por hoy, la Iglesia ha logrado aumentar sus posibilidades de evangelización de la isla y, a la vez, comprometerse como mediadora en una transición política que llegará de forma inevitable. Este impacto pastoral y político rehabilita a la Iglesia y le da un peso específico dentro de la sociedad cubana, libre de las intransigencias conservadoras del pasado.

Finalmente, la mala salud del Papa y el gran esfuerzo al que se ha sometido a sí mismo han permitido un viaje cargado de simbolismo, que quizás no se olvide por mucho tiempo. Juan Pablo II ha superado las normas dictadas por E.E.UU. y se ha lanzado a abrir las puertas del mundo a Cuba. Queda por saber si las grietas en el bloqueo y en la controlada sociedad cubana se irán agrandando, o por el contrario se mantendrán estables. Lo que sí parece cierto es que nada volverá a ser lo mismo, aunque a corto plazo no aparezcan movimientos ostensibles.

LO que emerge con más claridad y fuerza del contexto cubano confirma a la Iglesia como agente social de pleno derecho. Ahora le queda a la Iglesia un papel por delante: evangelizar a una sociedad educada en su mayoría en el ateísmo, asentar su mensaje especialmente en los grupos más alejados, la totalidad de la juventud indoctrinada por el régimen, los intelectuales y las clases populares, y ofrecer vías de socialización democrática, no sólo hacia fuera sino también hacia dentro, si quiere ser coherente con lo que predica. Con todo, este proceso de diálogo entre Cuba y la Santa Sede ha abierto una senda esperanzadora precisamente a un pueblo desplazado por la opinión internacional a los márgenes de la historia, y al que ahora se le aparecen nuevas oportunidades por aprovechar. Si algo podemos decirle al Papa tras la visita es que ha demostrado llevar la delantera a toda la diplomacia internacional y sugerir un modo distinto de afrontar las relaciones internacionales.